

Sociedad de hombres libres

Refiriéndose a los desafíos del próximo régimen democrático, el presidente de la Conferencia Episcopal chilena, monseñor Carlos González, ha señalado lo siguiente:

“Que los partidos políticos eduquen a sus militantes o simpatizantes en forma seria. Que no haya demagogia ni exceso de ‘chuchoca’. Que haya algo... serio, honesto, transparente y limpio”.

Y añadió: “Si los políticos son ‘muñequeros’, si son politiqueros, creo que echarán a perder todo”.

Así como otras veces he discrepado de algunos pronunciamientos episcopales en temas político-contingentes, creo del caso subrayar el acierto y la oportunidad de los juicios transcritos.

Su contenido describe los principales vicios que han predominado entre nuestros políticos tradicionales. La sensación de que la mayoría de ellos ha abusado del “muñequero”, de la “chuchoca política”, de la demagogia

y la politiquería, como sus fórmulas preferidas para captar votos, ha distanciado fuertemente al chileno medio respecto de los partidos y de los políticos en general.

Por eso, quienes postulamos y asumimos nuevos estilos políticos, apuntamos precisamente a establecer con la ciudadanía un vínculo que procure conquistar limpiamente su conciencia, en vez de pretender manipularla, para seducirla a cualquier precio.

El asunto incide en el punto más neurálgico de una sociedad efectivamente libre.

Como lo reseñaba en estas columnas el domingo pasado, ella requiere combinar las libertades políticas propias de una democracia, con las libertades económico-sociales adecuadas para generar creciente desarrollo y bienestar.

Sin embargo, lo anterior no basta. La libertad no se limita al ámbito de las estructuras. En definitiva, ella se juega en el interior de cada persona.

Por Jaime Guzmán,
presidente de la UDI



Cierto es que la opresión totalitaria, las agresiones de la violencia o la marginalidad de la extrema pobreza constituyen lacras que atentan contra la plena libertad humana.

Pero también hay personas que abdican del ejercicio de su propia libertad. Son aquéllas que se suman a las consignas, renunciando a reflexionar para formarse juicios propios y fundados frente a cada realidad. Son aquéllas que se dejan cautivar por meras imágenes, en vez de discernir sobre los contenidos.

Sólo merece el apelativo de sociedad libre una sociedad de personas libres. Y ello exige que cada ser humano se rebele contra la masificación colectivista y se resuelva a ejercer integralmente su libertad.